

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, mayo de 1895 ↔ NÚMERO 38

— Con el presente número se entregará el cuaderno 33 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



A MERCED DE UN OSO:

Avancé silenciosamente, y cuando estuve cerca de la fiera, detúveme junto á unos árboles caídos...

SUMARIO

A merced de un oso.—Perdido en la pradera (*conclusión*).—El héroe de Lancashire.—El cazador de caballos (*continuación*).—La tripulación del *Alcántara*.—Pensamientos.

Á MERCED DE UN OSO

Aunque durante mi permanencia en Escandinavia tomé parte en la muerte ó captura de ciento dos osos, los más de los cuales fueron cazados cuando me hallaba solo, por decirlo así, y aunque con frecuencia me hallé muy expuesto, solamente en una ocasión fui herido por uno de esos animales. Voy á referir aquí las circunstancias del accidente.

El sábado 29 de marzo de 1844, acompañado de Elg y otros dos amigos, recorría yo las partes más al norte de los bosques de Wermelan Finn, en busca de un corpulento oso que desde algunos años antes cometía muchos destrozos entre los caballos y el ganado.

Habiase últimamente descubierto su pista en el otoño, y teníamos motivos para creer que se le encontraría por donde le buscábamos. La nieve tenía dos pies de profundidad; pero, á causa del efecto producido por el Dags-meja (el sol de la tarde) sobre la nieve ó el hielo en la primavera, estaba tan blanda, que los perros se hundían casi.

Mis compañeros y yo habíamos resuelto apartarnos á la distancia de ciento cincuenta pasos uno de otro, en la falda de una colina bastante alta y llena de espeso bosque. Mi posición estaba cerca del centro de la línea, y, mientras batíamos las espesuras bajo nosotros, uno de los perros comenzó á ladrar á unos cincuenta pasos, de una manera que me aseguró que se había encontrado el oso.

A causa de lo adelantado de la estación y del estado desfavorable de la nieve, temía que, si la fiera se ponía en pie, sería muy difícil matarla, y, por lo tanto, avancé silenciosamente con tanta rapidez como pude, esperando ponérme á tiro antes de que el oso saliera de su guarida. Cuando estuve cerca de ella, detuve me junto á unos árboles caídos que obstruían el paso.

El oso estaba echado cerca de la cima de una colinilla y en el lindero exterior de una espesura de helechos; pero en el lado por donde yo me acercaba á él había un pequeño claro en el bosque; de modo que no podía ver bien lo que pasaba en la otra parte. Sin embargo, á causa de hallarse la fiera junto á un montón de restos de pinos, que había desgajado con sus dientes, para formar su guarida, no eché de ver su presencia hasta que estuve á ocho ó diez pasos del animal, y aun entonces no distinguí más que su cabeza, que estaba oblicua en el sentido de la dirección en que yo avanzaba. Aunque el perro ladraba con furia muy cerca del oso, y por más que éste se hallara despierto, segúnd pude reconocer en el movimiento de sus ojos, no había cambiado aún de

posición, si bien era evidente, por el de la cabeza, que estaba á punto de levantarse.

Hallándome bien preparado, con la carabina apuntada, apenas vi el pecho del animal le tomé por blanco; pero como había entre el animal y yo algunos arbolillos y podía interceptarse la bala, desistí de hacer fuego.

Un momento después apunté rápidamente á la cabeza, cambiando un poco de posición á fin de que no me molestaran dichos arbolillos; mas aquella tardanza momentánea fué muy desgraciada, pues, entretanto, el oso me vió, y, en el acto de tirar del gatillo, la fiera saltó de su lecho, y el tiro fué muy inseguro. Me inclinó á creer que ni siquiera toqué al oso.

Como quiera que sea, al descargar mi arma, el animal se precipitó contra mí. Yo conservaba el tiro del segundo cañón, con el cual debiera haber matado á mi enemigo; pero á causa de su movimiento ondulatorio no me fué posible fijar bien la puntería, aunque lo intenté más de una vez, y no hice fuego hasta que el oso se halló á tres ó cuatro pasos.

Aunque mi bala, bien fuese esta vez ó la primera (en ambas, según pude reconocer después, tocó en el blanco), le hirió de gravedad, habiendo penetrado en el cuello por parte de la paletilla, no fué suficiente, por desgracia, para detener al oso en su carrera, pues en un segundo ó dos estuvo sobre mí, no apoyándose en sus pies posteriores, de la manera que se cree que ataca de ordinario á sus enemigos, sino en todos cuatro, como un perro; y, á pesar del golpe que le descargué en la cabeza con el cañón de mi carabina, pues no tuve tiempo para servirme de la culata, me derribó al punto al suelo.

Si el animal no hubiera estado tan cerca de mí cuando hice fuego con el segundo cañón, es probable que, á causa de su herida, me hubiera podido librar de él; mas ya era demasiado tarde para huir, hallándose tan próximo; y, una vez en sus garras, completamente desarmado, no me quedó otro remedio sino echarme boca abajo, á fin de que la fiera no me mutilase el rostro, y permanecer inmóvil, siendo opinión general en Escandinavia que, si el oso cree muerta á su víctima, desiste de acometerla.

No obstante, en mi caso, y aunque me fingí muerto lo mejor que era posible, el animal me maltrató bastante, dañándome, sobre todo, la cabeza; mientras que el cuerpo padeció considerablemente por las feroz acometidas de la fiera, hiriéndome particularmente en el cuello y en los hombros.

El oso no rugió al recibir mi primera bala, ni tampoco al atacar, según es costumbre en estos animales cuando están furiosos, y hasta cuando me hallaba á merced suya no produjo más que una especie de gruñido, semejante al del perro cuando se le perturba en el acto de roer un hueso. Al abalanzarse hacia mí, según pude observar de reojo, no llevaba las fauces abiertas, como podría suponerse en toda fiera que ataca: muy por el contrario, vi que tenía cerrada la boca.

El dolor que experimenté por las continuas

embestidas era tolerable. Cuando mis miembros estuvieron entre sus fauces, parecíame tenerlos entre unas grandes tenazas; pero, al cogerme la parte superior de la cabeza, en cuyo momento sentí que la parte carnosa de la boca cubría mi frente, y que los enormes colmillos me la sujetaban, mis padecimientos fueron crueles.

La sensación que dichos dientes producían, raspando mi cráneo desnudo, no era la que se siente al recibir un golpe, como sucede á menudo cuando se infiere una herida: más bien me pareció la que se experimenta en el acto de extraer una muela.

Por estas circunstancias tengo motivos para creer que el oso me estuvo maltratando por espacio de tres minutos; y como conservé todos mis sentidos en este tiempo, mis impresiones, mientras me hallé en aquella horrible situación, no son fáciles de describir.

Sin embargo, los incesantes ataques de mi valeroso perrillo distrajeron, al fin, la atención del oso, y tuve la satisfacción de verle retirarse, aunque muy lentamente, á la inmediata espesura, donde se perdió de vista.

Acto seguido me levanté y apliqué un puñado de nieve á la cabeza para estancar la sangre que corría de mis heridas; perdí mucha, y no poca el oso; de manera que la nieve estaba enrojecida en el lugar del conflicto.

A causa del mal estado del camino y de la distancia, mis compañeros no se reunieron conmigo hasta un minuto ó dos después de haberse retirado mi antagonista y cuando ya estaba en pie bañándome las heridas. Elg, á quien había llamado dos veces por su nombre, en el momento en que el oso estaba á punto de cerrar conmigo, no pensó que yo pudiera estar en apuro, y sí solamente que yo necesitaba su ayuda para matar á la fiera.

Al principio, á causa del dolor que me ocurrían las heridas, y de la debilidad consiguiente por la pérdida de sangre, que corría de mi cabeza, y casi me cegaba, temí que mis heridas fuesen más graves de lo que en realidad eran, y que me hallaba del todo inútil para hacer nada aquel día. En su consecuencia, al llegar mis compañeros, encargué á Elg que rematara el oso, cuyas huellas estaban bien marcadas en la nieve por la sangre. Elg consiguió matar á la fiera á los diez minutos, á la distancia de doscientos ó trescientos pasos del sitio donde me atacó á mí.

El oso era de avanzada edad, según pude reconocer, y tenía los colmillos rotos, ó muy gastados y algo obtusos, á lo cual debí probablemente mi salvación, pues si hubiera podido clavarlos en mi persona, en todas las partes donde dejó las señales, me habría hecho pedazos.

Puedo decir, por lo tanto, que escapé milagrosamente, pero no sin muchas contusiones. Mi mano derecha y la muñeca sufrieron bastante, porque, al ser yo atacado, la introduje, no sé cómo, en la boca del animal hasta tocar la garganta. Mi cráneo quedó pelado en dos partes. Una de las heridas, según dijo

el doctor al día siguiente, media ocho pulgadas de longitud, y la otra nueve; mas eran superficiales, y se curaron, de consiguiente, muy bien; pero estoy expuesto á que el oso me arrancara la piel del cráneo, como lo hacen los indios.

PERDIDO EN LA PRADERA

(Conclusión)

¡Qué vacío observaba á mi alrededor! Extendiéndose á lo lejos en todo el espacio que mi vista alcanzaba, seguíanse las praderas unas á otras, semejantes á colinillas de color gris, sin que se viera un solo ser humano, ni nada más que un matorral para interrumpir la monotonía del paisaje.

Parecíame estar solo con la Naturaleza, y confieso que deseaba otra compañía.

¡Con qué ansiedad franqueaba los repliegues de la pradera, esperando divisar algún sendero ó un ser humano, y sin ver nunca nada, absolutamente nada!

Estaba muy cansado y tenía la boca reseca; pero proseguí mi marcha, sabiendo que era mi única esperanza. Llegó la noche; pero no me detuve. ¿De qué servía? ¿Qué especie de campamento podía formar yo?

La noche estaba muy adelantada, ó, por lo menos, yo presumía que serían ya las doce, cuando de improviso, casi enfrente de mí, y sin que apenas pudiera dar crédito á mis ojos, divisé un pequeño estanque, en cuyas aguas se reflejaba la luz de la luna, comunicándoles un brillo plateado: á mí me pareció aquello una fuente de diamantes.

Era lo que en el país llaman *baño de búfalo*, es decir, una depresión de la pradera que tiene escasa cantidad de agua llovida, y en la que aquel animal acostumbra revolcarse.

Acerquéme presuroso, y, echándome de brúces, apagué la sed. ¿Qué me importaba que estuviera turbia ó tuviese el color del café? Para mi garganta y mis labios resecos era un néctar, y de todo corazón dí gracias á Dios por el hallazgo.

Comí la mitad del pan que me quedaba, y, después de bañarme los pies, que estaban del todo hinchados, me tumbé en el suelo, y pronto quedé profundamente dormido.

Cuando me desperté había amanecido ya, y sentí frío, sin duda porque mis ropas estaban saturadas de la humedad de la noche.

No era cosa de permanecer allí más tiempo, pues ya no tenía qué comer, y, de consiguiente, proseguí mi viaje; pero antes de marchar llené de agua los cuatro bolsillos de mi capote de goma. Calculaba yo que este precioso líquido me duraría para hacer algunas jornadas.

Al principio, anduve con mucha dificultad, no solamente á causa de tener los pies hinchados, sino porque sentía en los miembros fuertes dolores, sin duda por efecto de haber dormido en la tierra desnuda; mas, apenas brilló el sol, me reanimé y anduve con más facilidad

Al mediodía, me detuve para descansar, bebi un poco de agua, y concluí con el pedazo de pan, resolviendo, por lo tanto, afinar la vista para ver si descubría alguna caza por la tarde.

Por lo que había andado deduje que habría pasado por el sendero la noche anterior, y que lo mejor sería seguir en cuanto fuese posible la dirección sur, porque había más probabilidad de encontrar alguien.

Al cerrar la tarde, cuando el sol se ponía, vi la cola de un conejo que estaba echado al pie de un matorral, a veinte pasos de distancia.

Sin dificultad le maté, y con no poco regocijo continué mi marcha, seguro de que por de pronto no me moriría de hambre. Por la noche encendí una hoguera, y así el conejo en el resuello. Su carne no era muy agradable, porque me faltaba la sal; mas no era ocasión de quejarse. Mantuve el fuego encendido durante la noche, calentándome con frecuencia, y por la mañana había recobrado toda mi fuerza.

Dos días después de haber perdido mi bronco, a eso de las doce de la mañana, divisé, a unas tres millas de distancia, una especie de galera, tirada por cuatro mulas, que avanzaba lentamente. ¡Qué bien comprendí entonces la alegría del marinero naufrago cuando ve, al fin, la ansiada ve a!

Comencé a correr en dirección a la galera, descargando alternativamente mi revólver en el aire. El vehículo desaparecía y reaparecía a intervalos; pero cuando estuve a media milla de distancia, detúvose de repente, y vi saltar en tierra dos hombres, que parecían esperarme, armado cada cual de una carabina. Entonces guardé mi revólver y agité el pañuelo, lo cual pareció tranquilizarles, pues apoyaron en tierra las culatas de sus armas, e, inclinados sobre éstas, me esperaron.

Eran unos honrados ganaderos, y escucharon mi historia con mucho interés, ofreciéndose bondadosamente para conducirme al rancho a donde iban, donde me proporcionarían un caballo. Por ellos supe que no me hallaba entonces más que a cinco millas del sitio donde quise cazar el antílope, de lo cual deduje que, en vez de avanzar, no había hecho más que dar vueltas.

EL HÉROE DE LANCASHIRE

Guillermo Brimelow nació en Boston en 1854, donde vivió siempre desde entonces, habiéndose interrumpido la tranquila corriente de su vida tan sólo una vez con motivo de haber hecho un viaje a los Antípodas por cuestión de salud.

En esta ocasión estuvo a punto de perder la vida, pues durante un recio temporal fué arrastrado de la cubierta por una ola y cayó al mar, donde permaneció tanto tiempo, que cuando subió a bordo estaba desmayado. Pronto se recobró de los efectos de este percance, y pudo

volver a Inglaterra como carpintero de un buque.

Brimelow había comenzado a trabajar en la fundición de su padre a la edad de once años, en Deansgate, y allí pasó su primera juventud. El día 21 de septiembre de 1883, cuando los trabajadores comenzaban a cargar de hierro el horno, varios de los ladrillos se desprendieron accidentalmente; y, siendo indispensable para la seguridad de la estructura poner otros nuevos, un tal Thomas Howard se encargó de este trabajo. Había comenzado ya a reparar la avería, cuando, sofocado por el humo del azufre y otros gases que había en el horno, cayó sobre los minerales en el fondo de la cúpula; de modo que la muerte por asfixia parecía inevitable.

Los trabajadores, reuniéndose en la plataforma, miraronse unos a otros con espanto, sabiendo muy bien cuáles eran los terribles efectos de aquellos gases ponzoñosos para la vida y la salud. Nadie se atrevía a dar un paso; y el pobre Thomas Howard hubiera perecido irremisiblemente si no se hubiese presentado en el mismo instante el valeroso joven Brimelow, que dió prueba de su espíritu y de su intrepidez. Antes de que nadie tuviera tiempo de hacer la menor observación, Brimelow había pasado por la estrecha abertura que se emplea para cargar el horno, y pudo llegar hasta el sitio donde Howard permanecía postrado. Ahora bien: Brimelow era un joven de constitución delicada y de cinco pies de estatura solamente; mientras que el hombre a quien quería salvar era mucho más alto y pesaba 180 libras. Esto hacía más difícil la operación de sacarle fuera; pero cuando se trata de salvar una vida, el valor no reconoce obstáculos, y se hacen cosas que en cualquiera otra ocasión parecerían imposibles. Brimelow, cogiendo a Howard, sostuvo con un brazo, mientras que con el otro se ayudó para subir por la escalera colocada perpendicularmente en la cúpula. Era necesario hacer tales esfuerzos para subir por allí a Howard, que a todos parecía imposible que Brimelow fuese capaz de llevar a cabo su empresa; y tal debió ser la tirantez de los músculos del joven, que a muchos extrañó que no se le hubiera roto algún vaso sanguíneo.

Cuando Howard y su libertador salieron de la cúpula, parecía que el primero hubiese dejado de respirar. Brimelow, sentándose a su lado, abrió la boca, haciéndole aire, y muy poco a poco comenzaron a manifestarse las señales de vida.

Howard se recobró a las pocas horas; pero su salvador no tuvo tanta suerte: a Brimelow le afectaron tanto los vapores del horno, y de tal modo le resintió la terrible tirantez de los músculos del hombro izquierdo y del pecho, que hasta el día de hoy sigue siendo inválido.

La Real Sociedad Humana le concedió una medalla de honor, teniendo muy en cuenta que había llevado a cabo su valeroso acto con pleno conocimiento del peligro que corría.



PERDIDO EN LA PRADERA: Corri en dirección á la galera, descargando alternativamente mi revólver

LA TRIPULACIÓN DEL "ALCESTES"

A principios del siglo xvi, á consecuencia de haber surgido ciertas diferencias con las autoridades locales de Cantón sobre nuestro comercio con la China, la Compañía Oriental de

la India indujo al Gobierno Británico á enviar una embajada extraordinaria á la corte de Pekín.

Lord Amherst, elegido para dirigir esta delicada misión, marchó acompañado de su secretario Mr. Henry Ellis y numeroso séquito. El 9 de febrero se embarcó en Spithead á bor-

do del *Alcestes*, fragata de cuarenta y seis cañones, al mando del capitán que fué después sir Murray Maxwell. Con este buque iba el bergantín *Lira*, capitán Basil Hall, y el *General Hewit*, que conducía muchos regalos de valor para el emperador de la China y sus ministros.

La primera parte del viaje se efectuó sin percance alguno, llegando la embajada á los mares de la China hacia mediados de julio. Se desembarcó en la desembocadura del Río Blanco, en la costa NE., y después los buques marcharon otra vez para cruzar por las costas de la Tartaria China, Corea y las islas de Loochoo. Luego hicieron rumbo hacia Cantón, donde lord Amherst y la embajada se embarcaron de nuevo para ir á Manila: era el 9 de enero de 1817.

La embajada no había sido recibida por el emperador, porque lord Amherst rehusó terminantemente someterse á un ceremonial humillante que consideraba perjudicial para el objeto de su misión; pero hasta cierto punto, y aunque de un modo indirecto, había conseguido sus fines, gracias, sobre todo, al sereno juicio del capitán Maxwell, que recorrió con el *Alcestes* el río de Cantón, á pesar de las dificultades que se opusieron, de las baterías de la costa y de una flotilla de juncos de guerra. Apagó sus fuegos, y tomó satisfacción del desaire que se hizo á la embajada, atemorizando á los mercaderes de Cantón.

El 9 de febrero, doce meses después de haber salido de Inglaterra, el *Alcestes* se hizo á la vela en Manila para volver á Inglaterra, se parándose del *Lira*, que recibió orden de marchar á la India con varios partes.

El capitán Maxwell gobernó para dirigirse á los Estrechos de Gaspar, porque en aquel período del monzón eran el mejor punto para salir de los mares de la China; y, aunque no se toma este paso tan á menudo como el de los Estrechos de Banca, según las cartas geográficas del Almirantazgo, resultan ser, no solamente más anchos, sino de aguas más profundas y menos difíciles.

Al amanecer del 18 avistaron la isla de Gaspar, y poco después divisaron Pulo Leat ó la isla Central. Hacía muy buen tiempo; del NO. soplabía una suave brisa, y la superficie del mar se veía rizada por la corriente que cruza de continuo por los Estrechos, bien al SE. ó al SO., según el monzón.

El mar, generalmente tan claro en aquellos climas, estaba decolorado aquella mañana por cierta cantidad de ova de los peces, y esto hacía la navegación más difícil, por lo cual se adoptaron precauciones para evitar un percance. Un hombre se estacionó en la parte superior del mastelero, y otros en los brazos de la verga de trinquete, mientras que el capitán Maxwell permanecía sobre cubierta con varios oficiales, «para asegurarse,—dice un testigo ocular,—con el auxilio de la sonda, de que todo correspondía exactamente con las cartas marinas y siguiendo la línea prescrita para no correr ningún peligro. De repente, á eso de

las siete y media de la mañana, el buque chocó con horroso estruendo, permaneciendo inmóvil.»

Se había corrido sobre un arrecife de rocas hundidas, que se elevaban casi perpendicularmente á gran profundidad.

«No trataré de expresar,—dice el capitán Maxwell,—mis impresiones del momento ante los horrores del naufragio, cuando más seguro me creía; pero puedo decir que necesité toda mi energía para dar con serenidad las órdenes necesarias á fin de abandonar el buque, cuya salvación reconocí como imposible después de haberse trabajado mucho en las bombas.»

Fué providencial que el *Alcestes* quedara encallado en el arrecife, pues si se le hubiera desalojado de esta posición se habría hundido de una vez con la mayoría de los tripulantes. El carpintero subió á decirme muy pronto que la bodega se llenaba de agua, y poco después llegó hasta el soplador.

Aquello era, como el capitán decía muy bien, una terrible desgracia; pero no hubo la menor confusión á bordo: las órdenes se dieron con serenidad y ejecutáronse al punto, como si nada hubiera sucedido.

Los botes se bajaron rápidamente para sondear, y vióse que las aguas eran muy profundas al rededor del arrecife. El *Alcestes* se hallaba á unas tres millas y media de la isla de Pulo Leat, deshabitada y convertida en un páramo.

En lo primero en que se ocupó el capitán Maxwell fué en atender á la seguridad de lord Amherst y su séquito. El teniente Hoppner embarcó á todos sin dificultad en una falúa y un cíter antes de las ocho y media, y dióse orden de acompañarlos á un guardia marina.

Un testigo ocular habla en los siguientes términos de la conducta observada por los que debieron quedar á bordo algún tiempo. «A pesar de la peligrosa situación de los tripulantes, todos conservaron su serenidad y buen ánimo. Hiciéronse todos los esfuerzos posibles para salvar lo que pudiera obtenerse en clase de víveres y artículos útiles, para lo cual algunos hombres hicieron de buzos. También se construyó una balsa para colocar los víveres más pesados y los equipajes; pero cuando volvieron los botes que habían conducido á lord Amherst á tierra, supimos que era muy difícil efectuar un desembarco, pues los árboles crecían á larga distancia dentro del agua, y era necesario costear en el espacio de tres millas para encontrar un elaro. No hubo más remedio que hacerlo, y después, saltando de roca en roca, al fin pudimos sentar el pie en tierra firme.»

A las ocho de aquella noche toda la gente había desembarcado, excepto los hombres que estaban á bordo del buque naufragio con el capitán, el primer teniente y algunos otros oficiales.

A eso de la media noche, el viento soplo con más fuerza, y el balanceo del buque comenzó á ser tan molesto, que los que estaban á bordo no creyeron posible sufrir aquel malestar toda la noche. Para impedir que el *Alcestes* cabeceara

ra más, cortáronse los mástiles. Hacia el amanecer, el viento se moderó, manteniéndose el buque estacionario. Los botes no volvieron hasta después de las seis de la mañana; y sus tripulantes dieron malas noticias respecto á la naturaleza de la isla. La balsa que llevaba las provisiones estaba segura junto á la orilla; y, al saber esto el capitán Maxwell, resolvió desembarcar en la isla para conferenciar con lord Amherst sobre lo que debería hacerse. En su consecuencia, dejó el buque á cargo de míster Hick, el primer teniente, y dispuso que se

solábale la esperanza de que todos siguieran sus consejos, sometiéndose á sus decisiones, cualesquiera que fuesen. Lord Amherst le ayudó con su influencia en este punto. Al amanecer reunió á todos para distribuir el agua que se había salvado del buque, é hizo lo con tan buen humor, que su calma y serenidad produjeron moralmente el mejor efecto.

Habíase enviado á varios hombres á recorrer la isla para buscar agua; pero todos volvieron sin ella; y el haberse encontrado casualmente un esqueleto humano, hizo nacer la triste



LA TRIPULACIÓN DEL «ALCESTES»: Encontraron un esqueleto humano...

tuviera allí un bote preparado para que los hombres se salvasen en caso de apuro. A eso de las once y media saltó á tierra.

Con no poco pesar y asombro suyo, vió que lord Amherst, su séquito, con los oficiales y hombres del *Alcestes*, habían acampado en un pantano pestilente.

Habíase visto que la isla era realmente un páramo, pero tan lleno de malezas, ramaje y juncos, que, al desembarcar, los naufragos tuvieron harto que hacer para despejar un reducido espacio bajo los árboles más altos, al pie de una colina que se elevaba en el centro de una estrecha punta donde se desembarcó para pasar la noche.

El capitán Maxwell olfateó la malaria en aquel sitio, y resolvió trasladar el campamento á la cumbre de la colina apenas se presentase una oportunidad. Harto tenía que pensar, por su parte, en su afflictiva situación. Agobiado ya por la pérdida de su buque, observaba que todos, desde las mujeres hasta el embajador mismo, le pedían con las miradas que los guiase y aliviara su situación. Por fortuna, era hombre de recursos, y, como él dice, con-

creencia de que algunos naufragos habrían percidido allí antes por efecto de la sed. Después de una breve conferencia con lord Amherst y Mr. Ellis, resolvióse que, en vista de que los botes no podrían conducir más de la mitad de las doscientas cincuenta personas que se hallaban en la isla, el embajador y su séquito marcharían á Batavia con la falúa y el cúter con un guardia marina para defenderlos contra cualquier ataque de los piratas malayos que infestan aquellos mares. Parecía probable que llegaran á Java en tres ó cuatro días, á causa de ser el viento favorable y fuerte la corriente. Mr. Ellis prometió que, en el caso de llegar sin accidente alguno á Batavia, él mismo volvería en el primer buque que se hiciese á la vela para recoger á los que se quedaban en la isla.

En los botes se embarcaron cuarenta y siete personas, con muy escasas provisiones, consistentes en carnero, jamón, una lengua fiambre, unas veinte libras de galleta ordinaria, siete galones de agua, otro tanto de cerveza y treinta botellas de vino.

Al ponerse el sol, todos estaban muy animados, al ver á lord Amherst dirigirse á uno de

los botes con tanta alegría como si se tratara de emprender una agradable excursión. A las siete, la falúa, al mando del teniente Hoppner, y el cíter, dirigido por Mr. Mayne, el contramaestre, salieron de entre las rocas, haciendo después rumbo hacia el S. Cuando se perdieron de vista, aún elevaban fervientes oraciones

un cuartillo, y solamente se había salvado de la fragata un barril pequeño.

Después ordenó que se trasladara el campamento á un terreno más alto, porque de este modo, no solamente se evitaría la *malaria*, sino que habría más seguridad en caso de ataque.

(Se continuará)



EL HÉROE DE LANCASHIRE: Brimelow sostuvo con un brazo, mientras que con el otro se ayudó para subir

al Todopoderoso los que habían quedado en tierra para que dispensara protección á los viajeros.

En la isla quedaban doscientas personas, entre hombres y muchachos, y una mujer; y aun en las más favorables circunstancias, no podían esperar socorro alguno antes de diez ó doce días, por lo menos.

Lo primero que dispuso el capitán Maxwell fué abrir un pozo en el sitio donde creyó más probable encontrar agua, pues los hombres habían pasado dos días sin beber apenas más de

►►►► PENSAMIENTOS ◄◄◄◄

—Los que en la vejez celebran el aniversario de sus bodas, dignifican la familia.

—Resiguararse es aplicar el bálsamo á la herida.

—Siendo opuestas las voluntades, es muy difícil unir las almas. Cuando más se consigue es que una voluntad se imponga y otra se resigne.

=ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA=

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.=NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

Establishimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA